

consentir en la expulsión de los jesuitas, que habían sido los ejércitos permanentes de su monarquía.

No lo olvide el pontífice. La teoría de su poder temporal inspiró á los reyes la idea del derecho divino, y se imaginaron tener una corona forjada con el rayo del cielo, y crecieron en soberbia, y menospreciaron al pontífice, que hubiera podido sostener en sus manos siempre la balanza del mundo, protectar contra todas las injusticias, amedrentar á todas las tiranías, ponerse al frente del movimiento social y político de los siglos, si no hubiera tenido ese poder temporal, polvo de la tierra, que debe sacudir como sacudían los apóstoles sus sandalias cuando se apartaban de Jerusalem, la ciudad de lo pasado, para extender el reino de Dios por toda la tierra.

Enero 7 de 1860.

ÚLTIMA FASE DEL CESARISMO.

Todavía reina el cesarismo en Francia; pero su hora ha sonado ya, y todas las señales que se ven aparecer en nuestros horizontes, anuncian su próxima ruina. Así como ántes de la guerra de Italia el cesarismo francés moría por falta de actividad, y por su apego á lo pasado, y sus pactos con el espíritu de los antiguos tiempos, hoy muere por haber tomado sobre sí una obra muy superior á sus fuerzas; que cuando una institución viola constantemente el derecho, cuando una idea se opone á la corriente invencible de todos los progresos de un siglo, por cualquier camino, va á dar en su perdición, sin poder rehuir la sentencia que la condena á muerte. El César de ayer

moria porque la revolucion de nuestro siglo, y el espíritu de la democracia, vivo en todas las conciencias, le pedia estrecha cuenta de sus tendencias reaccionarias; y el César de hoy muere tambien porque el espíritu del progreso, á que se ha entregado, arroja de sí instrumentos que sólo pueden servir para el triunfo de la injusticia. Nosotros comprendemos que los hombres de lo pasado, los caracteres flacos y miserables que adoran una idea muerta y corrompida, se prosternan ante el César, como la aristocracia romana se prosternaba ante Tiberio y le besaba la mano manchada con la sangre de sus padres; pero no podriamos comprender que hombres que adoran una idea tan viva, una causa que está protegida por todas las fuerzas del siglo, el principio generador de toda esta civilizacion, fueran á saludar á un tirano, porque vencido de una evidencia irresistible, haya caido ante sus altares de hinojos, como caia el fiero sicambro ante los altares del verdadero Dios. Nosotros, ni ayer transigimos, ni mañana, ni nunca transigiremos con el que ha diezmado nuestros ejércitos, y roto nuestras leyes, y proscrito á nuestros grandes oradores y poetas, y creido en un momento de

orgullo poder decir, al revés de Luis XIV: «Yo sólo soy la revolucion.» Pero hecha esta protex-ta, innecesaria en nosotros, levantemos un poco la púrpura que envuelve el cesarismo, á ver si es posible comprender el misterio que encierra entre sus pliegues ese gran sudario teñido en la sangre de los mártires del 2 de Diciembre.

La lógica es real; la lógica es la ley de los hechos y la ley de las ideas. Reconocido un principio en el espíritu, de ese principio se deducen necesariamente todas sus conclusiones por una ley inquebrantable. Asentado un principio en el espacio, ese principio dá todas sus consecuencias, como el tallo dá la espiga, y la espiga dá el grano de trigo. El proceso lógico de una idea se ve siempre en los hechos, aunque las sombras en que se oculta la impura realidad, no dejen alcanzar su encadenamiento, ni el eslabon que une un hecho con otro hecho. Desde el punto que se ha asentado esta idea capital de la realidad de la lógica, idea madre de grandes problemas, la historia se ha elevado á ser una filosofia, la ciencia social ha tomado un carácter tan sistemático y riguroso como las puras matemáticas, y la economía política ha bebido un espiritualismo, de que

nunca se gloriará bastante este gran siglo que ha reconciliado la naturaleza con el espíritu, y las ciencias experimentales y prácticas con la más sublime y ethérea metafísica. Y la realidad de la lógica se ve más clara que nunca en ese gran hecho aún no explicado, aún no comprendido, en el hecho trascendental del cesarismo. El cesarismo, que aparentemente subía contra la revolución las gradas del vacío trono de Francia, al sentarse en ese trono, vió que el espíritu de la revolución que imaginaba hollado por sus piés, se cernía sobre su cabeza. En tal momento invocó para legitimarse el principio que desde 1789 trae agitadas las sociedades humanas, como la inspiración agitaba á la pitonisa de Delfos en su hermosa tripode. Los hombres que no han creído nunca en la realidad de la lógica, espíritus apocados, creyeron que la palabra revolución se había desvanecido en lo vacío, como arrojada sólo para cohonestar la más negra de las traiciones. Pero los que han creído siempre en la Providencia, aguardaron á que la palabra revolución, proferida por el César, diera sus frutos, con la misma fé con que el labrador espera ver brotar la semilla que ha arrojado en la tierra, á pesar de

que el frío invierno la cubre con una sábana de nieve. Las esperanzas no fueron vanas. La revolución se sirve de Luis Bonaparte como el guerrero se sirve de la maldecida espada que en el campo de batalla ha arrancado del cadáver de su enemigo.

Es imposible hoy, absolutamente imposible, evitar la universalidad de la idea democrática que reina sobre todos los espíritus. Todo cuanto á nuestros ojos pasa y sucede, tiende á unir una clase con otra clase, un pueblo con otro pueblo, en el hogar del derecho universal. La imprenta ha hecho descender el espíritu de la ciencia, guardado antes para seres privilegiados, sobre todas las frentes, é iluminado la conciencia del pueblo; la tribuna ha sido el eco de todos los deberes sociales; el vapor y la electricidad condensaron en una el alma de todas las naciones; las máquinas, extinguiendo la servidumbre del trabajo, logran que el pobre obrero levante al cielo su frente, inclinada hácia las sombras de la tierra; el sentimiento de la dignidad individual ha mostrado á todas las clases sociales la igualdad fundamental de nuestra naturaleza, destruyendo los absurdos privilegios de la sangre y de

la cuna; y las dos formas del arte más propias de nuestro siglo, la música y la elocuencia, que hieren á todos los corazones, han poderosamente contribuido á esta gran fusion de los espíritus, preparada ya hace siglos en la esfera religiosa por la divina revelacion del cristianismo. Y esta revolucion que ha pronunciado en la esfera de la ciencia la palabra «libertad del pensamiento,» y en la esfera de la política la palabra «libertad del ciudadano,» y en la esfera de la economía la palabra «libertad del trabajo,» esta revolucion tan sintética, tan universal, es servida por sus mismos enemigos.

El que dude que la revolucion se lleva tras sí á sus enemigos, mire cómo Napoleon la sirve con su dictadura, y la sirve con su voluntad. No se puede prescindir, cuando se estudia la historia, del carácter fisiológico de ciertas razas, que muchas veces detiene al espíritu como barro de la tierra caído sobre sus gigantes alas. Nuestra raza latina ha llegado en todas las épocas de su historia á sus más maravillosas conquistas por la unidad. Esto no puede negarlo el que estudie su larga vida á través del tiempo y del espacio. La unidad romana le sirvió para fundir todas las

razas y para dar ese carácter de universalidad á su derecho, que lo ha levantado sobre el movable oleaje de los siglos. La unidad católica reunió el pensamiento con la vida, en su moral; la religion con la ciencia, en su teología; el espíritu griego con el espíritu moderno, en sus artes. La unidad monárquica reunió el noble con el pechero, haciendo bajar al uno de su aislado castillo, y salir al otro de su privilegiado municipio. Y esta tendencia á la unidad tiene tales raíces en nuestra raza, que cuando vino el gran día de la revolucion, el día de 1793, la república democrática, á pesar de que proclamaba la libertad, erigia una dictadura inmensa, gigantesca, que á un tiempo hacia rodar por el suelo la cabeza de los aristócratas con una crueldad cesárea, y lanzaba sus ejércitos contra todos los reyes del mundo, y los vencía con una prontitud dictatorial, y levantaba con los materiales calcinados por la tempestad el nuevo edificio, como si obedeciera á un solo pensamiento, como si tuviese una sola conciencia. Y en una raza de esta naturaleza, si es difícil la atonía, el decaimiento, es muy fácil, facilísimo, el cesarismo. Napoleon vió que la revolucion zozobraba, que la revolucion estaba vacilante, y

arrojó á lo profundo sus fórmulas, sus leyes, sus asambleas, y se levantó en su lugar diciendo, como nuestros antiguos heraldos: «La revolucion ha muerto, viva la revolucion; ha muerto la democracia republicana, viva la democracia cesarista.»

¡Y cuántas analogías tiene la revolucion cesarista francesa con la revolucion cesarista romana! Allí habia una aristocracia que, á la sombra de sus laureles, intentaba amortizar en sí el derecho. Allí habia una clase media que peleaba al lado de los Gracos cuando los Gracos eran vencedores, y al lado de sus verdugos cuando los Gracos eran vencidos; que se convertia en cortesano á un tiempo de Mario y de Sila; que pronunciaba eloquentes discursos por la boca de Ciceron, defendiendo la república y adulando á César; que explotaba todas las revoluciones y proscribia ó mataba á todos los revolucionarios como Druso, Saturnino y Catilina; que pronunciaba la palabra comicios para alucinar al pueblo, y despues queria los comicios sólamente para los ricos; que se oponia á la aristocracia porque le estorbaban sus privilegios, y al pueblo porque le herian sus derechos; que peleaba por una libertad precaria y egoista; que ni supo vivir como habian vivido los

grandes tribunos, ni morir como habian muerto los grandes aristócratas. Allí se levantó un César que mató la república en el paso del Rubicon; pero que tambien mató á la clase media en la batalla de Farsalia; un Augusto que desarmó al tribuno, pero tambien desarmó al eterno enemigo del pueblo, al Senado; un Tiberio que arrancó la tribuna de los Rostros, pero tambien arrancó la lengua á la aristocracia; un Neron que sustituyó su voluntad á la voluntad de la ley, pero tambien hizo gratuita la justicia; un Domiciano que segó las cabezas de todos los privilegiados, pero tambien estableció la igualdad de todos los ciudadanos; y el pueblo, prostituido, como todos los esclavos, aplaudia desde la cávea la muerte del eterno tirano que habia hollado su cabeza, y el enaltecimiento de un nuevo amo que, si le quitaba libertad, le daba pan. Y sin embargo, el cesarismo, con toda su fuerza, aunque se creia eterno y omnipotente, no hizo más que preparar con la aplicacion de la filosofia estóica al derecho, el advenimiento de la idea cristiana; y con la gran latitud dada á los derechos de la familia contra el cesarismo antiguo, la libertad individual que traian del Norte las razas germánicas.

En la revolucion que últimamente agitó á la Francia se repitieron circunstancias muy semejantes. Los legitimistas creyeron que iba á renacer la antigua monarquía de las cenizas amontonadas por la revolucion. La clase media, vencida en 1848, volvió á levantar su cabeza amenazadora en la Asamblea legislativa. Los orleanistas cada dia arrojaban una nueva piedra en la corriente del progreso para detener su majestuoso curso. La escuela neo-católica lograba un triunfo viendo la espada de la República francesa asestada al pecho de la República romana. Cavaignac y sus compañeros de armas habian ametrallado al pueblo. La libertad de la prensa habia sido violada en periódicos de gran crédito en la opinion. El espíritu propagandista, que es el alma y la vida de las revoluciones francesas, habia sido ahogado por las funestas palabras de Lamartine. El sufragio universal, la conquista de 1848, habia sido adulterado por la mayoría reaccionaria de una Asamblea que debía al sufragio universal su vida. El partido democrático, ahogado en el seno de su propia madre, de la república, ni podia unirse á la mayoría de la Asamblea, porque se unia á la reaccion orleanista, ni podia separarse de la

mayoría de la Asamblea, porque se acercaba á la reaccion bonapartista. Mientras tanto, el pueblo, engañado de nuevo por la clase media, proscrito casi por los doctrinarios de quienes habia triunfado, miraba con desden la ruina de instituciones que habian venido á ser un remedo de las instituciones de Luis Felipe. La reaccion se declaró en todas las esferas de la politica por la deslealtad de unos, por la impaciencia de otros, por la torpeza de todos. Napoleon fué la reaccion hecha hombre; Napoleon pudo herir la república, pero no pudo herir lo que era la esencia de la república, la revolucion; pudo dispersar una Asamblea, pero no pudo desvanecer el espíritu del siglo. La Francia eligió entre la reaccion orleanista y la reaccion bonapartista esta última, por ser más revolucionaria. La república no habia muerto. Ya la vereis algun dia levantarse transfigurada de su sepulcro. Su largo sueño le devolverá las fuerzas que perdió en una vida tempestuosa y estéril.

La fuerza de la idea revolucionaria se vió en las declaraciones del imperio. En verdad, la nueva dictadura arrancó de cuajo la tribuna, destrozó la imprenta, violó el hogar doméstico, dispersó á los

representantes del pueblo, faltó á todos sus juramentos, ametralló en las calles de París á inocentes niños, á infelices ancianos; derramó el terror por todas partes; alejó del suelo de Francia á sus más ilustres hijos; pero proclamó con arrogancia los principios revolucionarios; consagró el sufragio universal, último resto de la soberanía del pueblo; mató las esperanzas de los doctrinarios; puso su planta sobre la frente de la clase media, que se creía ya de nuevo coronada con la diadema que cayera de la frente de Luis Felipe, y tendió su manto sobre la clase obrera, tan maltratada y tan herida, buscando un fundamento para su política en el amor del pueblo. A pesar de esto, el emperador, al día siguiente de su victoria, no sabía qué destino cumplir, ni qué idea personificar. La sombra de su predecesor pasó un instante por sus ojos, y amenazó á Inglaterra. Esta fué una fase de su vida, y pronto se persuadió á creer que la herencia de Napoleon era un legado muy lleno de peligros. Pensó despues en captarse la benevolencia de la escuela doctrinaria; mas vió que sus pontífices le volvian la espalda en el Instituto y en la Universidad, y que sus esfuerzos solo conseguirian traer aquella monarquía que para él solo fué

un calabozo. Halagó más tarde los institutos de la escuela neo-católica; aspiró á ser el Carlo-Magno de nuestra época, y á que el papa ungiera su frente con el óleo sagrado de la Edad media. Pero conoció que el derecho divino era como una áspid en la frente de un Bonaparte. Y, por fin, despues de buscar vida en todos los principios políticos, ha decidido que la electricidad de la revolucion dé un movimiento, si quier sea galvánico, á ese imperio que se viene á tierra á impulsos de su propio peso. Esta es la última fase de su vida.

Esta última transformacion del cesarismo es la transformacion cercana de la muerte. Poco antes que el imperio romano se convirtiese al cristianismo, habia una cruz en el palacio de un emperador: despues de convertido el imperio romano al cristianismo, la cruz se levantaba sobre el sepulcro del imperio. La libertad podrá ser invocada por Napoleon como un elemento de vida; pero la libertad le dará muerte. El imperio no puede servir á la revolucion sino suicidándose. La revolucion no puede querer, ni aun como instrumento, el imperio, porque necesita tener puras y limpias sus manos, para consagrarse al culto de la libertad. A la justicia sólo se vá por la justicia;

el derecho sólo puede triunfar por el derecho. Luis Napoleon, aunque haya libertado á Italia, nunca, nunca será amnistiado por la conciencia humana. Cuanto hay de malo en él es suyo, exclusivamente suyo. Si algo ha hecho de bueno, es del espíritu de su tiempo. La dictadura bonapartista toca á su término, y dice, como Juliano el Apóstata en el lecho de su agonía: «Vencistes, revolucion, venciste; y yo, tu verdugo, he sido tu instrumento.»

¿Qué ha hecho el imperio que no hubiera hecho la democracia? La democracia hubiera fortificado el sufragio universal sin convertirlo en instrumento de tiranía; hubiera elevado al pueblo, no por el privilegio y la guerra, sino por la asociacion y la libertad; hubiera reconciliado todas las clases en el derecho; hubiera abierto de par en par las puertas de Francia á todas las ideas, y hubiera dado el ideal de la revolucion á todos los pueblos, sin alarmar á las nacionalidades, sin turbar los horizontes europeos con amenazas de dominacion universal, sin violar un derecho, sin verter una gota de sangre. Y en la política exterior la democracia hubiera desarmado á la Rusia, mas no para sostener un imperio cadu-

co y fatalista que emponzoña el Bósforo; hubiera resuelto la cuestion de los principados danubianos que vanamente piden de rodillas el derecho á sus príncipes; hubiera roto las cadenas de Italia, sin cometer la inconsecuencia de emancipar á Milan y Bolonia, y dejar en la esclavitud á Venecia y Roma.

Por consiguiente, la democracia para nada quiere, para nada necesita del César. ¿Qué ha dado Napoleon á la Francia? Una esclavitud sin ejemplo, el silencio de los sepulcros, el rebajamiento moral, la pérdida de su dignidad como pueblo, artes materialistas, un millon de esbirros, una cadena para todos los que trabajan por la libertad, una mordaza para todos los que profieren la palabra derecho, el olvido de todas las nociones de justicia, las guerras insensatas, la inseguridad de no saber qué pensamiento cruzará por la mente del César, un delirio, una fiebre de vida sensual, una poesía materialista y atea; porque si arrojan el resplandor del cielo almas como la de Victor Hugo, ese resplandor es para el Faraon frances el fuego celeste en que vá envuelta la cólera de Dios.

Enero 28 de 1860.